

víctima y no culpable

El Campeonato de Europa de selecciones nacionales se ha puesto mal para España. Tan mal, que hay que agarrarse a eso que en fútbol llaman milagro para no perder la lejanísima esperanza de renovar el título que se conquistó en Madrid frente a Rusia.

El encuentro de Praga contra Checoslovaquia ha promovido una avalancha de censuras y críticas —algunas amargas y exageradas a nuestro juicio— contra Domingo Balmanya. Decimos amargas y exageradas porque no parece sino que el fútbol español es algo excepcional, cuando en realidad, y hace tiempo que lo veníamos repitiendo, el nivel medio es discreto y no hay siquiera superclases en los que cargar la culpa de un flojo rendimiento.

Antonio Valencia, que es un crítico que sigue los azares de la selección como ninguno, afirmó después del Mundial de Londres que nuestro fútbol entraba en la época de las vacas flacas. Uno diría que, por lo que respecta a la selección, ese período de adelgazamiento o de raquitismo hace tiempo, mucho tiempo, que dura. Con la excepción del momento de gloria que proporcionó el gol de Marcelino, nuestro equipo representativo ha seguido una línea de franca decepción, y habría que remontarse a otro gol —el de Zarra— para encontrar un símbolo de ilusión. Y ello ocurría, en Maracanã, en 1950.

Siempre se ha venido comparando, para ponerlo como ejemplo, al Real Madrid con la selección. Ocorre que el Madrid, durante una serie de temporadas memorables, ha contado con un equipo que ha marcado la pauta mundial, pero cuyo espíritu de club no se pudo jamás trasladar a la selección. Averiguar las causas no es el motivo de este comentario. Ocorre además que fuera de Italia y España, es decir los países superprofesionalizados en fútbol, las selecciones son mucho más fuertes que los clubs. Por dos razones. Primera, porque la sistematización de los patrones de juego hace que no se altere la función táctica de la selección. Y segunda, porque los mejores jugadores aportan a la selección el mismo espíritu de garra y lucha que poseen en sus clubs. En su amateurismo más negro que marrón, conservan esa virtud en mayor grado que los nuestros.

La historia de los encuentros internacionales —y han pasado seleccionadores en estos últimos veinticinco años!— demuestra que nuestro equipo nacional es inconsecuente, irregular y, con más frecuencia de la deseada, decepcionante. No todo va a ser siempre culpa del seleccionador. Falla algo más. Y ahora incluso falla la clase de poesía, aunque se siguiera perdiendo, en la época de Kubala, Di Stéfano y Suárez.

El malhumor se acrecienta en estos tiempos porque además de perder se juega mal. Culpa de las tácticas. Balmanya, como otro entrenador cualquiera, no es más que una víctima de ellas. Las despliega, como el resto de sus compadres en la profesión, para no perder. Primero porque es la moda y segundo porque, tal vez, tampoco cuenta con los hombres apropiados para hacer otra. ¿Dónde están los extremos por los que todos suspiramos?

Cuando se empató en Dublín (donde habíamos perdido en la Copa del Mundo con mejor equipo) y se empató en Turquía (donde se nos eliminó de otra Copa del Mundo también con mejor equipo), Balmanya todavía consiguió cludir los mazazos del disgusto. Ahora, en Praga, le han llovido desde todos los lados. Sinceramente estimamos que, al margen de sus errores, no se le puede hacer responsable absoluto de la derrota. Si en vez de cambiar al seleccionador cambiáramos nuestro fútbol, eso sí que podría ser una solución. Siendo imposible, no hay otra fórmula que la de la resignación. J. J. CASTILLO



La colonia que deja huella

SEGURA / BARCELONA

